

LA PIPA DEL BEARNÉS.

José María Luzaide, (José María Iraburu).

Publicado en,

BOIRAS. Narraciones, poesías y comentarios históricos en torno a Roncesvalles.

Año 1922

REFERENCIA:

Imprenta Higinio Coronas. Iruñea-Pamplona.

EL AUTOR.

José María Iraburu Mathieu. José María Luzaide.

(Iruñea-Pamplona 3-III-1899 / Iruñea-Pamplona 5-VII-1983).

«De entre los poetas actuales mencionaremos tan sólo a José María Iraburu, abogado y escritor de fina sensibilidad, oculto, como los hayedos de Guirizu, bajo las boiras, tras el seudónimo de Luzaide».

José María Jimeno Jurío, 1974

De madre luzaidarra, siempre tuvo el cariño y recuerdo a su tierra, visitando frecuentemente su pueblo, Luzaide-Valcarlos, de donde tomó su seudónimo "Luzaide". Abogado y escritor, destaca su primera recopilación de cuentos, investigaciones y poemas en "*Boiras. Narraciones, poesías y comentarios históricos en torno a Roncesvalles*", publicado en 1922, donde destaca quizás su relato de la vida infantil en Luzaide o los relatos de contrabando. En él publica la historia del caserío de Urrobi que transcribimos debajo.

El segundo libro es de 1976, "*Se vende perro de caza y otros cuentos*", con ilustraciones de Francis Bartolozzi. Es una recopilación de diecinueve relatos ya publicados, principalmente en la revista Pregón, donde participó con cerca de treinta artículos. Según relata el autor la mayoría de relatos están basados en hechos reales.

Participó igualmente en la revista Vida Vasca entre 1928-53 con cinco poemas y cuentos. Socio de Eusko Ikaskuntza, se adentró de forma tímida en el mundo de la investigación, participando en la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra. En 1920 encontramos a la comisión pagándole el transporte de unas estelas, y entre 1923-26 escribe en su boletín varios artículos sobre el Camino de Santiago, unos de investigación y otros literarios. En 1953 Joxe Miel Barandiaran lo cita en las excavaciones de megalitos de la zona de Aurizberri-Auritz como colaborador. Ayudó a Aita Donostia a recopilar alguna canción de Luzaide y varias melodías de los bolantes. También se pueden leer sus investigaciones en varios capítulos de Boiras o en tres estudios publicados en revistas de la Diputación navarra:

- 1972. "*En torno al topónimo Morea*", publicado en Fontes Linguae Vasconum.
- 1975. "*Notas sobre varias piedras de Navarra*", en Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra. Con detalles de la zona pirenaica como la pila bautismal de Ardaitz (Erroibar) o la piedra errante de Abaurregaina, (Aezkoa).
- 1977. "*Notas sobre la <<Campana de Pamplona>> (año 924)*", en Príncipe de Viana.

Su figura no ha sido aun estudiada, existiendo pequeñas referencias en enciclopedias, o una

semblanza en la revista iruñesa “*Pregón*” de 1999, en el centenario de su nacimiento, escrito por Carlos Mata Indurain, en que describe los contenidos de sus dos libros. Esperemos que esta reseña sirva para despertar interés por este escritor e investigador.

LA HISTORIA.

Siguiendo la estela del romanticismo de Iturralde y Suit o Campión, la pipa del bearnés es un relato sobre la soledad, el destino o la dura vida pirenaica. El actual desolado de Urrobi, fue uno de los pequeños enclaves de Artzibar que hasta hace no demasiados años seguía habitado, y que guarda en su seno más de una historia y leyenda. Tristeza y alegría se entremezclan en estas anónimas vidas.

HISTORIA SOBRE URROBI EN “LA PIPA DEL BEARNÉS” DEL LIBRO BOIRAS, PÁGINAS 161-191.

LA PIPA DEL BEARNÉS.

Esta es la verídica historia de Thabako el bearnés, tal y como la oí contar a una respetable abuela de Urrobi, mientras hilaba delante del fuego, en una tarde de invierno.

No pensaba exhumarla del montón donde guardo apuntes de curiosas relaciones análogas, y allí hubiera permanecido indefinidamente ignorada, en espera del rebuscador que la sacara a luz más aliñadamente de lo que yo podré hacerlo y con el brillo de unas galas literarias que yo no puedo prestarle. Pero...

Tan atrevida es la imaginación popular; a tanto llegan la maledicencia intencionada, la ligereza culpable y la credulidad de las gentes para el mal, que quienes en tales casos poseen la verdad, se ven obligados por su conciencia a proclamarla y a contrarrestar con ella los desastrosos efectos de la difamación.

No sé ni me importa saber, el nombre del mal aconsejado bersolari que en un romancillo de tres al cuarto, presenta a nuestro héroe como un monstruo de salvajes costumbres y de astuta maldad; ni el de la vieja <<sorgiña>> que ideó la abominable fábula de un Basajaun fiero y montaraz, para aterrorizar a sus nietos.

Thabako—que debía tal apodo a su constante vicio e inveterada afición — era simplemente un hombre bueno, pero a quien su especial carácter y sus secretos desengaños, impulsaron hacia la soledad y la Naturaleza.

Su concepto del egoísmo y la falsía humanos, juntamente con una escéptica idea de la justicia, le hacían rehuir todo trato social; y como el Mowgli de Kipling, vivía feliz apartado de la manada de los hombres.

Este perfecto tipo del misántropo—que no es frecuente en nuestro país—relacionado además por la fatalidad con una desgracia, era propicio objeto de fantasías y leyendas que ahora caerán del todo, sin duda alguna.

En mi relato veréis las verdades, en cuanto a este episodio de su vida se refiere. Estas son y estas serán; a despecho del mal aconsejado bersolari y la vieja «sorgiña» que se atrevieron a tergiversarlas a su antojo y traza. Y así, yo digo de ellas, como de sus armas dijo el caudillo franco cuya rota cantan nuestras epopeyas:

«Nadie las mueva».

Estamos en un bello lugar de las montañas pirenaicas que todavía ofrecen dudosos contornos perfilados en azul cobalto, a la luz blanquecina del amanecer. Son los montes de la izquierda de líneas suaves y onduladas, de femeninas curvas armoniosas que los hayedos visten con su follaje. Tras de ellos comienza una serie de colinas—hermanas menores—que se multiplican y pierden en lontananza, hacia las tierras bajas que oyen eternamente la canción del mar.

Pero enfrente, en contraste fiero, se alzan gigantescos peñascales; moles grises de mil variadas formas y tamaños, que en la indecisa claridad parecen enormes ruinas.

Entre una y otra vertiente, separando lo risueño de lo tétrico, recibiendo de un lado murmurantes arroyuelos y mugidores torrentes que bajan despeñados por el otro, va el río; cubriéndose de espuma en las cascadas, y más abajo, allá, donde se ensancha el valle, regando con sus aguas frías los prados que sirven de alfombra al pueblecito vasco de Urrobi con su blanco caserío.

El paisaje aparece velado en tonos y sonidos y envuelto en el misterio gris del amanecer. Los rumores del viento en el bosque y del agua en las piedras, suenan quedamente; con dulzura de oración, con cadencia de sollozos, con místico recogimiento, como no osando turbar el profundo sueño de la Naturaleza.

Lentamente se despiertan los colores al beso milagroso de su madre la luz; y en el horizonte, sobre las más lejanas colinas, una nubecilla que quiso ver al Sol en su cuna, recibe en pago la primera de sus sonrisas irisadas.

La claridad aumenta. De pronto un rayo de sol parece iluminar el ambiente y se ve reflejado en las peñas más altas. En la selva se escuchan los primeros gorjeos y las primeras esquilas en el monte y los prados. A las alturas llega una voz fresca que canta:

«Jeiki, jeiki, echekoak! Argia zabala da...»

(Arriba arriba, los de casa—que ha amanecido ya...)

Y así amaneció en la montaña un día de primavera; bajo la excelsitud cobijadora y límpida del cielo azul.

El hermoso espectáculo que vanamente intentaríamos describir, fué presenciado en esa forma por un bordari que tenía mucho de poeta. Con disfrutar su vista diariamente bellezas tales, jamás llegó a mirarlas con indiferencia o hastío. No obstante la rudeza de su condición, nada había para él comparable a los paisajes tranquilos, a las bravas peñas, a la umbría de los bosques y a la cegadora blancura de la nieve que cubre las cimas pirenaicas.

Encontraba pues, en aquella soledad satisfechos sus amores, que eran su libertad y sus montañas y en ellas se creía más cerca de Dios, de su fin, al que adoraba devotamente en la magnificencia soberana de sus obras.

Por eso lo vemos al comenzar nuestra historia, tendiendo encantado su vista por el valle. Se apoyaba de codos en la «sheila», rústico cierre de un corral en cuyo centro alzabase la borda, que era un edificio de piedras sin revoque y con cubierta de tablilla. Allí se albergaban un centenar de ovejas; sirviendo el piso alto de habitación, es decir de cocina, y <<sabayado>>, siempre repleto de fino y oloroso retoño.

Todo ello situado en una especie de meseta pintoresca posición en una de las estribaciones de la cordillera y a la vertiente izquierda del río que describía gran curva para ceñirla. Rodeaban la casa unas tierras de labor en ladería. Más abajo maizales, helechales y húmedos prados que limitaba el hayedo.

Cuando se oyó la voz del madrugador zagal que cantaba, el bordari tras de encender su pipa se dirigió a la puerta de la borda. Abrióla a medias y lanzó un silbido. Enseguida asomaba

tímidamente una oveja que al fin se decidía a salir al corral y tras de ella, fueron saliendo otra y otra y otra... El bordari tenía el postigo medio entornado para obligarlas a salir de una en una.

—«Bat, bida, iru, lau...»

Muchas iban seguidas por sus corderitos que hacían corvetas y retozaban alegremente. Todas se esparcían por el corral buscando en vano algún hierbajo.

—«Amasei, emezortzi, emeretzi...»—iba contando el pastor.

Luego, abierta la «sheila» todo el rebaño se precipitó fuera venteando los pastos frescos.

Una hora más tarde el sol estaba ya alto; y las ovejas, que habían ido subiendo a la querencia de un campo de «pahosha», daban a la pradera el aspecto de un terciopelo verde brochado en blanco.

.....

Era el solitario montañés un hombre que frisaba en los cuarenta, ágil y fuerte en sumo grado; de complexión musculosa y sanguínea. Vestía durante el buen tiempo, camisa blanca y pantalón azul, calzaba abarcas y peales. Por el invierno, añadía a su indumentaria un elástico de Estella y los días de lluvia o de cerradas boiras se envolvía en un pesado «kapusai». Limpio en su pobreza, fuera su aspecto agradable sin aquel ceño adusto y displicente, gesto tan arraigado en sus facciones como la pipa en su buca. Pero bueno será que sepáis lo que sigue.

Hubo un tiempo en Urrobi, en el que todos los caserianos cultivaban ocultamente tabaco, disimulado entre los maizales. Aseguraban así su consumo con toda economía y pretendían ser su «belarra» tan buena como la nacida en las plantaciones de Vuelta Abajo. La vigilancia acabó con los abusos y a la sazón nadie se ocupaba en procurarse por tales medios la aromática y combustible solanáceas. Pero nó: aun quedaba un atrevido cultivador, cuya huerta situada en lugares inaccesibles de las montañas, no se había logrado descubrir.

Nuestro bordari que había resuelto prescindir de los hombres en todo y por todo, era su dueño y a fe que había sabido elegir un resguardado rincón. Al otro lado del barranco, en el peñascal, era tan escasa la tierra que solamente se veían en él aislados bojes y a lo más algún roble raquíptico que introducía sus raíces por entre las juntas y resquebrajamientos de la piedra, buscando el camino de los vitales jugos. Nadie hubiera sospechado de semejante sitio.

Una terrible cortadura, como el hachazo de un titán partía en dos la pétrea montaña y en uno de aquellos cantiles—que recordaban los grabados de Doré,—al abrigo del norte, había una cornisa, un saliente que a su enorme altura, por doquiera se mirara, solamente presentaba su base al observador, como gigantesca gárgola en la vertical muralla. Era el más espantoso balcón que imaginar se puede; siempre amenazando desplomarse en el abismo, donde sonaba constantemente la nota grave del río.

Solo cabía para llegar allí, descolgarse desde la cumbre con ayuda de una sogas y esto es lo que hacía el pastor. Descubierta casualmente el lugar, buscando no sé si nidos de águila o reses despeñadas, halló el medio de llegar a él con una escala de cuerdas que luego ocultaba en un agujero. Llevó algo más de tierra, que la peña por su forma de media taza retenía bien y plantó el tabaco, no olvidando nunca poner señales que le denunciaran el paso de un extraño.

Con todo eso no le faltó en lo sucesivo con qué llenar su blanca pipa de barro, que no se quitaba de la boca en todo el día y según decían algunos, ni en toda la noche.

.....

Regresaba ana de estas el bordari de visitar su huerta.

Había descendido cauteloso todo el peñascal por un angosto camino de cabras y al llegar al río, buscó un recio tronco que servía de puente y no obstante la falta de luz y lo peligroso del paso, lo franqueó con seguridad y firmeza.

Atravesado el río, adentróse por el hayedo, que palmo a palmo conocía, cuando oyó muy próximo un rumor inusitado. Se detuvo con el oído atento, sumamente sorprendido, y entonces percibió con toda claridad el llanto de una criatura que entre sollozo y sollozo decía con una vocecilla angustiada y ya ronca:

—«¡Ama! ¡ama-..!».

Enseguida pudo ver una pequeña sombra que avanzaba vacilante, tropezando en las raíces de los árboles, salvando con esfuerzo la red de ramas caídas y procurando orientarse en vano entre aquellas hayas todas iguales, que la negrura de la noche hacía cada vez más confundibles. Vióla también caer a tierra, vencida sin duda por el cansancio o por un obstáculo más y el bordari se precipitó en su auxilio. Un momento después levantaba del suelo a una nifiita de corta edad, con su delantalillo desgarrado por espinos y acebos. Mostraba una multitud de crueles y sangrientos arañazos, y fuertemente asida, una pequeña cesta llena de fresas. Imposible parecía que la pobre criatura se hubiera alejado tanto de Urrobi, de donde procedía sin duda.

Pensó el pastor subir con ella a la borda para prodigarle sus cuidados y con intención de volverla a su casa al día siguiente. A la verdad, no era muy risueña la perspectiva de un paseo al pueblo en tales horas con la niña en brazos y cuando después de andar durante la tarde entera, el descanso y la cena le reclamaban con insistencia. Pero al momento se figuró la inquietud torturadora de los padres, las angustias de aquellos corazones, y sintió el suyo oprimido a tal idea.

Volviendo a la orilla del arroyo tomó un sendero que con él a una bajaba al pueblo. En la sombría hondonada que la humedad del río cubría siempre de un velo gris, hacía frío; y el montañés sintió a la niña temblar entre sus brazos. Entonces despojóse del «lástico» que abrigaba su recio corpachón y envolvióla con él lo mejor que pudo, con maternal solicitud y delicadeza conmovedora.

Así la llevó largo rato, dormida, meciéndola con su paso invariable de andarín, hasta llegar en esta forma al pueblo.

Pronto se vió rodeado de mujeres qtte le guiaron y acompañaron hasta una casa—que luego supo se llamaba Mariño,—informándole de paso todas a la vez y con grandes exclamaciones, de cómo el padre de la niña con otros vecinos, la buscaba hacía dos horas por el monte. Al llegar a la puerta de la casa, abalanzóse a su encuentro una mujer llorosa y desgredada que arrebatando la criatura de los brazos de su salvador, no cesaba de besarla un solo instante.

Encontrábase el solitario pastor, turbado ante tanta gente, recibiendo de cada uno una pregunta distinta, oyendo a su alrededor congratulaciones y plácemes y contemplando aquella madre que no ponía fin a sus demostraciones de alegría. Cuando ella vino por fin hacia él y le dió las gracias Invitándole a pasar el umbral, la miró de un modo extraño, se excusó torpemente y dejando a todos asombrados se volvió hacia el monte.

Al pasar entre las casas oyó murmurar en una puerta:

- ¡Es Thabako; que ha traído del bosque a la Anita de casa Mariño!

- Y un rapazuelo que se refugiaba aterrado en las faldas de su madre decía:

- ¿Y no se la ha comido?

Luego vió brillar río abajo unas antorchas: eran los hombres que proseguían su pesquisa infructuosa. Un poco después apareció súbitamente en Urrobi el resplandor de una hoguera iluminando de rojo las casas próximas. En torno de ella iban y venían los muchachos atizando el fuego y amontonando ramas sobre él. Pronto aumentó la llama

considerablemente y en la lejanía, las lucecitas que recorrían el bosque dispersas, advertidas por la señal formaron como en una procesión camino del pueblo. En el cielo, brillaban las estrellas.

.....

Cuando a media noche llegaba Thabako a su borda, dejóse caer rendido de cansancio en su cama de helecho; pero le fué imposible conciliar el sueño. Pensaba en su aventura, en su viaje al pueblo con la niña, en aquella madre alocada, primero por el dolor y por la alegría después. Sentíase satisfecho de su acción, pero no de las palabras de quienes le hubieran mirado la víspera recelosamente. ¿Qué hubiera sido de la nena rubia si no por él...? Y tan linda como era la pobrecilla... Una así como ella, quizá mayorcita, pudiera él tener ya, de haber sido constante y firme en su amor una mujer...

¡Oh! era vieja la historia y sin embargo... ¡qué dolorosas huellas, qué penosos recuerdos, qué amarga hiél no destilaba todavía la herida mal cicatrizada!

Nacido en un pueblecito del Bearne y pastor luego en los Alduides, salió de allí a los veinte años para California, huérfano ya. Una linda neskacha le despidió la última, en las afueras del pueblo: era su novia Mari. Esto sucedía en un tiempo en el que la fiebre del oro empujaba a todos los aventureros y ambiciosos del mundo, hacia las ricas minas de Sierra Nevada, y la Columbia británica.

El bearnés que no soñaba con riquezas fáciles, no quiso perderse en aquel turbulento río de los buscadores que afluía sin cesar y prefirió hacer tranquilamente sus ahorros en su propio oficio; de pastor.

Entró al servicio de un granjero que contaba entre sus vaqueros, con varios vascos; y a los cuatro años de su estancia en la hacienda, bien probadas sus aptitudes, su laboriosidad y su honradez, fué ascendido a capataz y encargado de los pagos.

Aumentó con ello considerablemente su sueldo, pero también su trabajo y sus preocupaciones fueron mayores. De ordinario pasaba el día, del amanecer a la puesta del sol, a caballo recorriendo los campos y vigilando los rebaños.

Era penoso y desagradable aquel continuo galopar, cambiando varios animales en una jornada; amonestando a los peones descuidados y despidiendo a los que lo eran en provecho propio. Otras veces atravesando peligrosas soledades, portador de dinero para sus hombres; siempre expuesto a un robo o a una venganza, y saludando muy alerta, con la mano en la culata de su revólver, a los viajeros que se cruzaban con él en los solitarios senderos de la pradera.

Cuando anochecido, al llegar a su rancho, se dejaba caer de su montura y buscaba el descanso del lecho; como premio a sus inquietudes y fatigas se le aparecían en deleitosa visión, la placidez de los valles pirenaicos, mil veces más bellos y tranquilos que cuantas tierras conociera. Del mar de sus recuerdos pasaba a sumirse en el de sus ilusiones, y se veía de vuelta al país, casándose con Mari y viviendo felices en un blanco caserío montañoso. Solo por eso trabajaba tanto: la risueña imagen de su novia le daba alientos en las horas de cansancio y nostalgia; solo por su amor soportaba privaciones, fatigas y peligros. En su corazón siempre amante y fiel tenía el bearnés el secreto de su fortaleza y el manantial de sus esperanzas. Dos años más, y regresaría, bastante rico para vivir descansadamente con su adorada Mari.

Súbitamente aconteció un desquiciamiento completo. Fué el golpetazo que aturde por lo brutal y desconsuela por lo irremediable: Mari, sin duda cansada de esperar al ausente, se había casado con un hombre vicioso y violento, que de antiguo la pretendía y de quien ella se burlara muchas veces en sus dulces coloquios con el bearnés. Desde que supo éste la fatal

noticia, pudo ver claramente que su vida soñada se rompía, que le faltaba entusiasmo para el trabajo; ya no pensó en economizar ni en procurarse nuevas dichas. Siendo Mari, su norte, su único objeto en la tierra, le parecieron estériles sus afanes pasados. Y quiso volver al país. Por entonces y cuando menos lo deseara, le llegó algo, que unos meses antes hubiera hecho su felicidad. Heredaba de un lejano pariente, una casa, borda y tierras en el lugar de Urrobi—que no siempre ha de venir la fortuna del nuevo al viejo mundo—El bearnés se despidió del patrón y de sus vaqueros y embarcó para Europa.

Ya en el país vasco, cuyo suelo volvió a pisar emocionado y encaminándose a Urrobi para, posesionarse de su finca, tuvo la desagradable sorpresa de saber que a Mari, su marido la daba una triste luna de miel, a base de borracheras y malos tratos, y que ambos se habían establecido igualmente en Urrobi.

Comprendió el recién llegado que difícilmente soportaría la vista de aquella mujer y evitando con cuidado algún encuentro, malvendió la casa del pueblo y retiróse a vivir en la lejana borda rodeada de sus prados y maizales. Si el dolor le empujó a la soledad de la montaña, luego ésta con sus encantos, le fué atando dulcemente. En rigor, de su vida solitaria de siempre, solo había trocado el escenario.

Así pasaron algunos años sin que nada turbara la paz del bordari en su retiro: entre sus ganados y con su eterna pipa. Llegó a enterarse de ruidosas querellas familiares en las que la pobre Mari sufría cada vez más; el nacimiento de una hija, en nada había aminorado las brutalidades del padre. El bordari, apenado, no quiso saber más de su amada ni de su odioso rival y así fué, hasta esta noche, en la que acababa de devolverles a su casa de Mariño, su hija, la pequeña Anita.

Recordaba la escena de su entrada en la casa, el encuentro con la que fué su novia, después de tantos años; y sobre todo le obsesionaba con la fuerza oprimente de una pesadilla, aquella cara, marchita, envejecida, señalada con las huellas del sufrimiento constante; aquel abandonado desaliño tan ajeno a la garrida neskacha que le enamoró...

Transcurría lenta la noche sin que lograra conciliar el sueño bajo el peso de estas impresiones y recuerdos. En el establo sonaba a veces una esquila... Cuando llegó la aurora tenía el bearnés en su rostro, sobre la palidez del insomnio los surcos del llanto.

.....

Anita, la chiquitína de casa Mariño, era ya "una mujercita de ocho abriles, incapaz de perderse en el bosque según ella. De escapada iba muchas veces a la borda que en el pueblo decían de Thabako el bearnés, de quien era gran amiga. Con esa simpatía desbordante que suelen inspirar a los niños algunas personas extrañas, Anita se había encariñado con el solitario. Cuantas tardes salía la niña a llenar su cestita de fresa o camamila, subía a la borda segura de hallar siempre cariñosa acogida y un «kopor» de leche recién ordeñada. Así la encontramos una tarde junto al desadrido bordari. Hablaba palmoteando muy alegre y el bearnés la oía embobado, olvidándose hasta de encender su pipa, que es cuanto hay que decir.

Veíanse aperos arrinconados; junto al fuego un pucherete hervía y se secaban unos peales. En la pared opuesta, un tronco empotrado sostenía rica y pesada montura californiana de trabajados cueros, cuidadosamente cubierta por un paño; del borrén delantero pendía un lazo.

La niña no callaba ni estaba tranquila un momento.

—¡Oye!—decía dando bocados a su «talo»—¿para qué tienes esta sogá larga? Bájala.

—¡Ah picarilla! ¿aún te quedan ganas de correr?

Descolgó el lazo y salió al corral; Anita le precedía muy contenta. El bordari se situó en el

centro del recinto y podía verse que tal juego no era nuevo entre los dos amigos. Anita empezó a trotar circularmente, como una jaquita en la pista del circo, Corría y gritaba:

- ¡A que nó, a que nó!

El cow-boy de la pradera renacía. Dispuso el lazo, lo hizo girar sobre su cabeza una vez, extendió el brazo hacia adelante y soltó...

—«¡Arrapatu aut!»

La niña quedaba apresada con los bracitos pegados al cuerpo. El antiguo vaquero fué atrayendo dulcemente a su prisionera que reía hasta llorar y le dió la libertad a cambio de un beso.

—¡Enlaza aquella estaca...! ¡Dame más «talo»...! ¡Búscame un nido...!

Y así siempre hecha un torbellino y segura de su dominio. Aquel día quiso ver el dormitorio del bordari.

Llenaban la habitación hojas de tabaco puestas a secar. En un rincón se veía la cama de helechos y a los pies una manta de colores chillones, una especie de sarape mexicano.

Después tomó asiento junto al fuego. Pronto se distrajo con el hervor del pucherete y preguntó:

—¿Te haces tú la cena?

—Es claro, hija mía.

—¿Y por qué no tienes mujer?

—Pues porque ninguna me quiere.

—¡Tonto! díjole Anita cariñosa -yo te quiero mucho y madre también.

—¿De veras?—murmuró el bearnés con aire distraído, a tiempo que su frente se nublaba.

Luego dijo ella con esa volubilidad tan frecuente en los niños:

Bueno, me voy a casa que si llego tarde el «aita» me pega.

— Te acompañaré hasta el río, que he de recoger mis ovejas y tu cordero; y como la bajada es mala y tú estarás cansada voy a llevarte en brazos como aquella noche... ¿te acuerdas?

Volvióse la niña para replicarle con el tono y aire de una mujer hecha y derecha:

—Entonces era yo muy chiquitina...

Y dando brincos de cabra se lanzó por la peligrosa pendiente del prado. El bordari sorprendido y asustado la siguió con la mirada, temiendo verla caer, hasta que la toquillita roja fué devorada por el oscuro hayedo.

.....

Cuando la niña hubo desaparecido internándose en el bosque, el pastor echó a andar en busca de su ganado. La alegría que inundaba su alma sonreía en su semblante. El fiero Basajaun, el brujo de la montaña —que decían en Urrobi—volvía a la vida, volvía a cantar y a reír como los felices. El cariño y la gracia encantadora de aquella mufiequita, eran para él un consuelo tan grande, que de aquel corazón que juzgaba seco, brotó una afeción tan honda como paternal. Hasta llegó a pensar el huraño solitario, en reconciliarse con las gentes y en volver a su trato, pues todos sus secretos agravios se borraban ante las caricias de la alegre Anichu como se funden las boiras a los rayos del sol.

Al bajar en busca de su ganado, volvían a sus labios las canciones juveniles olvidadas, y extrañábase de oír su propia voz modulando las regocijadas coplas.

Desde un recodo del camino vió sus ovejas que pacían en la hondonada y llevándose los dedos a la boca lanzó un penetrante silbido. Algunas levantaron la cabeza. Volvió a silbar y una por una tomaron la senda y fueron llegando a él hasta rodearle en un apretado círculo de lana.

Pero el pastor no les hacía caso; miraba con fija insistencia hacia el peñascal, sobre cuya lejana altura acababa de percibir la silueta de un hombre destacándose en el cielo cadmio donde morían los últimos resplandores del sol poniente. Tal presencia en aquel lugar fué al parecer muy sospechosa, porque saltando de entre sus reses se precipitó hacia el río como un alud despeñado y un minuto después trepaba por las rocas del lado opuesto.

El camino le era familiar y él incansable, mas para cuando llegó a la cumbre, el desconocido había desaparecido como tragado por el suelo. Cosa extraordinaria. Seguro estaba de no haberlo cruzado al subir por el único camino practicable, que faldeando abarcaba toda la montaña, excepto su parte meridional cortada a pico por la profundísima hendidura en cuyo estribo cultivaba el bordari.

—¿Se habrá sorprendido mi secreto? ¿será ese hombre un ladrón? — pensó éste, y acto seguido se dirigió rápidamente al borde del abismo, a un enorme bloque en forma de dolmen, donde solía ocultar y afianzar la escala. Allí se confirmaron sus temores: la escala estaba tendida... Había sido acechado y descubierto y ahora le estaban robando su «belarra»...

El bearnés se agazapó tras de la piedra, resuelto a esperar a que el ladrón ascendiera con el fruto de su rapiña. No tardó en notar que la escala se atirantaba y crujía bajo un peso... Al presentir la inmediata lucha sintió acelerarse el rudo martilleo de su corazón a impulsos de arrebatada ira.

¿Pero qué! ¿no tenía en su mano la vida de aquel hombre, sin exponerse, con solo destrabar los férreos ganchos de la escala? ¿No contaba igualmente con la impunidad de su delito si tal hiciera?... ¿Lo haría?... ¿No le invitaba a ello aquel paisaje solitario y siniestro del peñascal, parecido a la Sierra Garganta americana, que tan bien conocía y donde nadie daba a la autoridad parte de sus asuntos? Además él, que no podía amparar su propiedad bajo la ley, ni confiaba en la justicia... ¿no la tomaría por sí mismo?

Como centellas cruzaron por su mente estas ideas pero reaccionó al punto; no era la primera vez que el cristiano domaba los impulsos de odio intenso y también pensó no le era posible ensangrentar las manos que habían de acariciar a Anita... Perdonaba... Ya volvía la espalda con ánimo de ocultarse más lejos, cuando un estallido seco seguido de un grito espantoso cortó sus pensamientos y heló la sangre de sus venas... Tentó la escala y la halló floja, y al izarla prontamente, sólo retiraba una corta parte de ella con los cabos deshilaclados; el resto con su humana carga había caído al fondo del barranco. En vano procuró el aterrado bordari distinguir nada entre sus negruras. Había oscurecido y sin embargo una línea roja, como una cinta incandescente, brillaba alargándose sobre las más lejanas montañas...

.....

Era cerrada ya la noche, cuando el bearnés, que había descendido al fondo de la quebrada, avanzaba por el cauce del torrente con el agua a la rodilla, bascando al caído. Horrorizado por tamaña desgracia caminaba cierto de hallar el cuerpo en el río mismo al pie del fatídico saliente del acantilado. Una angustia indecible le oprimía el pecho y sentía temblar sus piernas en las aguas frías que saltando bajaban hacia él, salpicándole al rostro blanca espuma. Ellas ya le habían visto y lavado su sangre...; por eso sin duda, por huir del cuadro de muerte, venían tan atropelladas y mugidoras... Inútilmente hubiera intentado el bordari proferir un grito de auxilio, si la voz pudiera servirle de algo en tan remotas y escondidas soledades.

Las grandes piedras, los caídos troncos que víctimas de avenidas y desprendimientos abundaban en el cauce, eran otras tantas emociones para quien creía encontrar en ellos un

cadáver. Sentíase desfallecer de cansacio y ansiedad, desconcertado por lo infructuoso de su pesquisa que juzgaba haber efectuado minuciosa y sobre el debido terreno, cuando vió claramente un cuerpo humano boca abajo en el agua: esta vez estaba seguro de no engañarse. La corriente lo había empujado en el remanso hasta el borde de un escalón, de una pequeña presa, y allí pugnaba por precipitarlo abajo, dándole movimientos que con apariencias de vida, dieron al bearnés una débil esperanza que bien pronto se desvanecía.

Con más serenidad de la que él mismo se reconociera capaz poco antes, tomó el cadáver por los pies y lo arrastró a la orilla. Unos instantes, la cabeza del muerto quedóse pendiente fuera del escalón en plena cascada: oscilando a los golpes del agua trágicas afirmaciones...

En la menguada orilla al pie de la muralla, dio vuelta al cuerpo, hasta dejarlo mirando arriba, a lo alto, con sus ojos abiertos; como midiendo el salto que había dado.

El bordari contemplaba aquella cara y no daba crédito a su vista; se creía alucinado por sus recuerdos, perseguido por los fantasmas de sus diarios pensamientos. En vano quería servirse de su mojada yesca obcecadamente. Le había bastado la luz de la luna para adivinar en aquellas contraídas facciones los rasgos del padre de Anita, su antiguo, su eterno rival.

Aún tuvo fuerzas el atribulado pastor para llevar la noticia al pueblo.

.....

Ya hemos llegado al final, que resumiré, de nuestra historia. Esto que parecía un triste desenlace, pero entrañando quizá la solución feliz, fué por el contrario la infelicidad, la desgracia mayor en la vida de Thabako. Vióse preso y acusado de asesinato, y aunque se le libertó por no poderse probar nada contra él, es lo cierto que condenado por antecedentes y apariencias, jamás fué su inocencia proclamada por la gente del pueblo, incluso Mari, quien prohibió severamente a la pequeña Anita, que continuara visitando a su viejo amigo. Abstúvose la niña de hacerlo por entonces, aunque más tarde quebrantó el mandato de su madre.

El bearnés, tras de estas implacables amargas y de muchas lágrimas, volvió a ser el hombre solitario, intratable y huraño. Verdad es que nadie buscaba su compañía en la apartada borda; donde un día le hallaron muerto con la pipa en la boca.

.....

Esta es la verídica historia de Thabako el bearnés, según la oí contar a una respetable abuela, mientras hilaba delante del fuego, en una tarde de invierno. Se llamaba Anita la anciana y era «etchekeo-andre» de casa Mariño...

Antes de que los relatos fantásticos y calumniosos y las canciones infames, me recordaran la verdad contenida en el relato de Ana y copiada en mis apuntes, he pensado muchas veces en el hombre desgraciado y extraño que fué el conocido por el raro nombre de Thabako. Vedlo tal como a mi imaginación se aparecía:

Es de noche; el bordari apoyado de codos en la «sheila» de su corral fuma su pipa y contempla en la lejanía las luces de Urrobi formando caprichosa constelación de la que prefiere un astro: el que brilla en Mariño. Nada más se vislumbra, a no ser la mole confusa del peñascal. La roja brasa de la pipa, avivada a intervalos, alumbra con resplandor también rojizo, las facciones bondadosas y enérgicas. Luego las húmedas boiras van envolviéndole en sus cendales y velando las luces del pueblo que a poco desaparecen del todo. Por fin, se confunden el cielo y la tierra en la oscuridad absoluta donde tan solo se percibe como un punto de fuego: **la pipa de Thabako el bearnés.**